

—Pues ¿lo querías saber la verdad pura y sin ficciones?— preguntó Eufrasia en tono de reconvención.

—Es verdad; pero no tengo valor para tanto; tal vez... ¿quién sabe?... las apariencias... y luego sus ocupaciones...

—¿Qué ocupaciones, ni apariencias, ni qué ocho cuartos? Lo que hay de cierto es que tu amante no ha pensado nunca en otra cosa que en divertirse contigo, y viendo ahora que sus ocultos deseos no podían cumplirse, dice como todos los señoritos de su condicion: otro talla; ni es más ni es ménos: tu amante, pobre muchacha, ya no se acuerda de tí...

—¡Señora Eufrasia!...

—Como te lo digo, prenda; y otra de más perendengues y de mejores trapillos que los que tú gastas, ocupa tu lugar: esa gente gusta mucho de aquel *dicho que dice*: «á rey muerto rey puesto;» y por no variar la costumbre hace la del otro: te ha *suplantado*.

—Pero ¡Dios mío! ¿en qué se funda Vd. para decir eso con tanta certeza?

—Y pregunto yo: ¿por qué tratas de ocultar á tus mismos ojos tu propia desconfianza? ¿Por qué el mismo señor Colás, á quien se le caía la baba cada vez que el *dengoso* señorito hablaba pestes de los franceses, y decia que se los iba á comer crudos, desconfía hoy acaso más que yo desconfío, que es cuanto se puede decir?...

—No, señora Eufrasia; mi padre no desconfía...

—¡Tá, tá!... ¡tu padre! lo que el señor Colás procura es animarte, y bien se le conoce en el rostro que no las tiene todas consigo. ¿Cuánto apuestas á que no te dará hoy mejores nuevas de las que te dió ayer?...

—¿Quién sabe? posible es que haya por fin consigui-

do encontrar á D. Enrique, y entonces...

—Vuelta con encontrar á D. Enrique; sin comprender ¡tontuela! que á estas horas el tal D. Enrique estará repitiendo la del humo, y te ha vuelto la espalda para siempre jamás.

—¡Dios mio! Dios mio! ¿y será cierto?...

—Como los Santos Evangelios, ¡si tú le vieras hoy qué amartelado iba con aquella señora de rumbo!

—Pero ¿quién es esa mujer? si es que lo sabe, dígame-lo usted, señora Eufrasia, por lo que más quiera en el mundo.

—Yo conozco á esa señora de nombre; mas puedo hacer que por tus propios ojos te convenzas:

—¿Y cómo?

—Ante todo, querida mia, es preciso que me escuches con atencion: tengo que comunicarte una noticia que si tú eres mujer de arranque y quieres volver por tu amor propio ofendido, no tan solo conseguirás dar en cara á ese olvidadizo pisaverde, sino que á buen seguro no volverás á acordarte de él en toda su vida. Pero... ¿qué estoy diciendo? ¡tonta de mí! olvidaba que eres una débil calandria, sin corazon y sin firmeza... ¿pues no está llorando la muy bobalicona, como si fuese una Magdalena?.. ¿Habrás visto?... ¡Vamos! es cosa de partírsele á una el corazon!...

Con efecto, María, como si el tono de convencimiento con que hablaba la vieja hubiese borrado su última esperanza, prorrumpió en abierto llanto, y sus gemidos cortaron la palabra á la implacable acusadora de D. Enrique.

Esta, haciendo varios gorgoritos y frotando los ojos grises y apagados de su acartonado rostro con el revés de su delantal, hizo coro débil al sentimiento de María.

—Cuando á fuerza de consoladoras palabras y de reflexio-

nes consiguió aplacar la agitacion de la pobre muchacha.

—Ten calma,—dijo,—y acostúmbrate á manejar más hábilmente los impulsos de tu corazon. Eres una pobre muchacha, sin experiencia del mundo y sus perfidias.... ¿Quieres seguir mis consejos?

María enjugó con trabajo sus lágrimas, y respondió á la Eufrasia:

—Señora, yo no sé lo que pasa por mí, ni puedo darme cuenta de lo que haré ó dejaré de hacer; pero Vd. es buena, conoce mejor que yo las cosas y podrá guiarme... Así, confio en Vd., y haré cuanto me diga.

—Bien, así me gusta; veo que nos entendemos al fin, y que entrarás en razon para obrar segun tu conveniencia: ahora escucha atentamente.

—Ya escucho á Vd.

—Hace poco más de una semana, cierta persona te vió en las afueras de la puerta de Atocha.

—¿Quién?—preguntó María de un modo maquinal y sin el mayor interés por conocer á la persona de quien hablaba la tia Eufrasia.

Esta prosiguió:

—Es persona de muy alto rango, y que hoy tiene mucho poder en Madrid. Pues digo que te vió el otro dia cuando la entrada del príncipe Fernando...

—Del rey, querrá Vd. decir...

—Bien, para el caso es lo mismo,—continuó la vieja. Te vió conversando con... ¡pues! con el veleidoso mozo que acaba de hacerte llorar, y que no es digno de que por él se empañen esos dos luceros que alumbran más que soles; y como el querer se entra á veces así, como Perico por su casa, sin decir oste y moste, resulta que el sugeto en cuestion se prendó de tí apasionadamente, y como si

su corazón fuera un polvorin, y la mecha esa gracia del cielo que Dios te ha dado, hermosa criatura.

María interrumpió á su mentora.

—Creo,—dijo,—conocer al sugeto de quien Vd. me habla... ¿No es un oficial francés?

—No es difícil que tú le conozcás, rapazueta, pues desde entonces te ha seguido algunas veces, y ha rondado tu puerta en ausencia de D. Enrique...

—Dejemos esto, señora Eufrasia; pues me disgusta hablar de quien nada me importa.

—Pues entonces, Maruja, no conseguiremos hacer nada, si no quieres ser razonable y dócil.

—¿Pero qué tiene que ver con lo que antes tratábamos ese francés ó ese diablo?

—Tiene y mucho; pero pues te disgusta y no hay medio de que nos pongamos de acuerdo para que tu infiel amante caiga en la red que pensaba urdirle... nada hay perdido, y punto en boca: tú te las compondrás como puedas, que yo bastante tengo con lo mio, sin meterme á gobernar lo ajeno. Así pues, cada mochuelo á su olivo, y á quien Dios se la dé, dijo el otro, San Pedro se la bendiga... Y no hay más de que hablar... que no se hizo la miel para la boca del asno, y para el que se hace el sordo, no basta la trompa del juicio... Haga Vd. bien en este mundo... y ¿para qué diablos? para que no sepan agradecerse á una... Vaya, vaya, señorita, la señora Teresa aguarda, y no quiero que por una fruslería me eche en cara la tardanza. Pero qué... ¿no te mueves?

La vieja se había levantado al terminar este alubion de palabras, y fingía estar impaciente por concluir cuanto antes.

María, por el contrario, no se movió de su asiento, y

permaneció largo espacio como indecisa.

Era evidente que fluctuaba entre la repugnancia del paso que adivinaba iba á proponerla por su bien la taimada vieja, y el deseo de tomar una venganza de lo que ya no dudaba era la más negra é inmotivada impiedad.

La vieja, conociendo el terreno que habia ganado, añadió fingiendo más y más un enojo y un interés que si sentia era perfectamente equívoco.

—María, ¿no me has oído?

—Pero señora,—replicó la jóven,—tenga Vd. calma, por Dios.

—Es que la señora Teresa estará impaciente, y á mí no me gusta faltar jamás á mi palabra... Vamos.

—Un momento no más, señora Eufrasia.

—¿Qué quieres de mí? acaba pronto.

—¿Me dá Vd. su palabra de que no podrá sucederme daño alguno con lo que Vd. proyecta acerca del francés...

—¿Y qué daño habia de resultarte? ¿Soy yo acaso alguna tontuela, como tú, á quien puede embaucar un pisa-verde cualquiera?

—Sí, convenido, pero ¿qué es lo que desea ese hombre? ¿Qué pretende?

—Ese hombre, que por haberme visto una vez hablar contigo, se acercó á mí para que le sirviera de intérprete; ese hombre, María, está perdidamente enamorado de tu talle y de tus zapatitos de raso negro, y de tus ojos lánguidos y ardientes, y qué sé yo de cuantas otras cosas que me fué nombrando mitad en español y lo restante en francés...

—Y bien, señora Eufrasia; cuanto pretenda de mí ese hombre será en vano. Porque yo no podré, aun cuando llegue á ver tan clara como la luz la perfidia de mi novio,

no podré, repito, amar á otro que no sea á él.

—¿Y quién te dice que amés á otro? El caso, si tú quieres, no puede ser más sencillo.

—Explíquese Vd.

—¿Quieres que D. Enrique vuelva al redil como la oveja descarriada? responde.

—Daria mi vida por arrancar de mí esta sospecha que todo contribuye á aumentar.

—¿Y sabes el remedio más sencillo, el único, el eficaz, el que devolverá á tu amante más blando y rendido que nunca?

—¿Cuál?

—¿Qué es lo que tú sientes ahora?

—No sabré explicarme bien lo que yo siento, pero que Dios tenga piedad de mí si son celos.

—Mala enfermedad, María, muy mala; seria preferible morir del escorbuto; pero pues son celos, ya tú conoces lo que esto vale...

—¿Y qué?

—Amor con amor se paga, dice el refran...

—¿Y Vd. quiere?...

—No, quien debe querer eres tú; dá celos á D. Enrique, y si es que alguna vez te ha querido de veras, ya te pedirá capitulacion.

—¿Y cómo haré para eso?—preguntó María con la más ingénua confianza.

—¿Cómo preguntas? muy sencillamente: el francés anda que se bebe los vientos; dále conversacion, aunque no sea otra cosa.

—Pero... ¿y si lo llegan á ver mis padres?

—Todo tiene remedio, mira: mañana se celebra una gran funcion con orquesta y qué sé yo cuantas cosas, en la

iglesia de San Ginés. Pediré licencia á la señora Teresa, y nos iremos en cuanto anochezca. Yo haré de modo que veas á D. Enrique, y que él te vea al lado de otro...

—¡Dios mío! ¿y si lo echamos á perder aun más? Porque ha de saber Vd., señora, que si yo llegase á convencerme de que él ya no me quería, no podría vivir mucho tiempo.

—Guíate por lo que te digo, que no irás mal, pues te quiero demasiado para exponerte á que pierdas la tal alhaja que tanto te ha llegado á encaprichar... ¿Con que estamos convenidas?

—Haga Vd. lo que le parezca mejor.

—Pues vámonos, antes que el señor Colás eche de ver tu falta.

Pocos momentos despues decia la tia Eufrasia á la tabernera:

—Aquí se la devuelvo un poco sosegada, y con más ánimos de los que eran de esperarse. Es preciso distraerla, señora Teresa, que se esparza por ahí dando algun paseillo, en tanto que no viene á tranquilizarla ese remolon de novio.

María ensayó una sonrisa, para probar á la tabernera que era verdad lo que decia la señora Eufrasia.

iglesia de San Ginés. Pediré licencia á la señora Utrera y nos iremos en cuanto anochezca. Yo haré de modo que vras á D. Enrique, y que él te vea al lado de otro.

—¡Dios mío! ¿y si lo echamos á perder aun más?

—¿Porque ha de saber Vd. señora, que si yo llegase á con-

CAPITULO VII.

—¡Dios mío! ¿y si lo echamos á perder aun más?

—¿Porque ha de saber Vd. señora, que si yo llegase á con-

—¡Dios mío! ¿y si lo echamos á perder aun más?

—¿Porque ha de saber Vd. señora, que si yo llegase á con-

Que explica los motivos por los cuales no fué posible á don Enrique acudir hasta el sexto día á casa del tío Colás.

—¡Dios mío! ¿y si lo echamos á perder aun más?

—¿Porque ha de saber Vd. señora, que si yo llegase á con-

—¡Dios mío! ¿y si lo echamos á perder aun más?

—¿Porque ha de saber Vd. señora, que si yo llegase á con-

—¡Dios mío! ¿y si lo echamos á perder aun más?

—¿Porque ha de saber Vd. señora, que si yo llegase á con-

—¡Dios mío! ¿y si lo echamos á perder aun más?

—¿Porque ha de saber Vd. señora, que si yo llegase á con-

Quando Utrera se hubo convencido de que no era posible obtener nada buenamente de la que segun todas las probabilidades creyó madre de su novia, resolvió no descansar hasta conseguir por medios más enérgicos su propósito.

Para salir airoso en aquel empeño, contaba con los eficaces auxilios de dos personas, cuyo testimonio y autenticidad podian servirle de mucho.

Una de estas personas era la ex-criada y ex-confidente de Eugenia.

Una señora amiga de esta, poseia tambien el secreto del negocio.

Al ver llegada Eugenia la crítica hora de su alumbramiento, y ausente en la guerra el padre de lo que debia dar á luz, pidió consejo y ayuda á la amiga en quien más confiaba en punto á reserva.

Accedió dicha amiga, y contribuyó á sacar á Eugenia de su apuro, de modo que el padre de esta no sospechase ni remotamente la falta en que habia incurrido su hija.

Y como quiera que Eugenia, más ó ménos fundada en la verdad, creyó y aun aseguró que el conde de la Alianza la entregaria su mano, su amiga, para que el secreto fuese más seguro, emitió su parecer sobre que la criatura se depositara interinamente en la casa de expósitos; previas, se supone, las contraseñas por las cuales pudieran, llegado el momento, recuperar el depósito.

Así se convino, y así se llevó á cabo.

Libre por fin Eugenia del conflicto que temia, esperó el regreso del general, sin que ni por mientes le pasara la idea de informarse sobre el estado del fruto de sus entrañas.

Trascurrió un mes, y luego otro; y la guerra entre nuestros ejércitos y los soldados de la Convencion francesa, continuaba más encarnizada que nunca.

A cada paso llegaban noticias de la frontera, y aunque eran muchas las victorias obtenidas por los españoles, tambien eran grandes las pérdidas.

Cuando más encarnizada continuaba la lucha, vino á Madrid la funesta nueva de que uno de los generales más jóvenes de nuestro ejército habia sucumbido víctima de su arrojo temerario, pues se habia empeñado hasta tal punto en una accion, que ya cuando estaba ganada por los nuestros, al querer hacer un reconocimiento dicho general, cayó de su caballo atravesado el corazon por una bala.

Todo el mundo sintió vivamente la desgracia ocurrida al valiente conde de la Alianza, y Eugenia lo sintió más aun, pues ya no era posible legitimar el nacimiento de su hija.

Pasado algun tiempo fué á visitarla su amiga, y despues de lamentar la muerte que habia cabido al general, preguntó á Eugenia:

—Y ahora ¿qué piensas hacer de tu hija?

Eugenia suspiró dolorosamente, llevóse un pañuelo á los ojos, y respondió:

—¡Ay! tambien ha querido seguir á su padre; ¡hace un mes que ha muerto, querida mia!

La crédula amiga, penetrada de tal dolor, consoló como pudo á la amante desgraciada y á la vez madre sin ventura; la recordó que aun era jóven, y que Dios la abria un nuevo camino de felicidad: en una palabra, todo lo que una jóven dice á otra en casos análogos.

No necesitaba en verdad Eugenia de que su amiga la animase á esperar aquel *nuevo camino de felicidad*; porque sus intenciones y su manera de conducirse indicaban bien claramente que el luto por los muertos nunca llega á costar al hombre lágrimas eternas.

Eugenia, que mediante una falsa patraña prócuró y consiguió el secreto de parte de su fiel amiga, concibió profundos temores con respecto á la criada.

Esta, desde que vió á su ama en camino de nuevas aspiraciones, comenzó á reflexionar acerca de la suerte que esperaba á la tierna y olvidada expósita, relegada tal vez á un olvido absoluto.

Pero sus reflexiones tenian muy poco, ó más bien, nada tenian de piadosas: la caridad no era el fuerte de la previsora y *concienzuda* doméstica. No queremos hacerle la injusticia de atribuirle un mérito que distaba mucho de tener.

Mas en cambio, á falta de aquella y otras virtudes, poseia ó estaba poseida de un defecto capital, defecto peli-

groso para la tranquilidad de su ama.

Esta, segura de su amiga, desconfió de la sirviente; y á la verdad que para abrigar tal desconfianza, bastó á Eugenia ser víctima de una primera exigencia.

El defecto capital que tenia la criada, segun queda sentado, era la ambicion.—A la primera exigencia siguió otra nueva, y á esta otra y otras.

La enfermedad, que habia comenzado por ligeros síntomas, llegó por fin al estado de crónica.

Una enfermedad de esta naturaleza, que se hace crónica, y que con tal carácter dura sobre *catorce años*, se hace más sensible ó razon á *las asistencias*.

Eugenia esperó contentar á su doméstica enferma con los primeros específicos; pero como la moza era incurable, conoció por último que, más que en verdadera ama, se habia convertido en *censo*.

Llegaron por último los amores de Eugenia con el baron del Pino. La República habia privado á aquella mujer vanidosa del placer de ser la esposa de un conde, y *general* por añadidura; pero más tarde trabajó cuanto pudo por hacerse baronesa.

Petra, la taimada sirviente, que conoció las aspiraciones de la señorita, redobló tambien las suyas. Otra que no fuera Eugenia, hubiese agradecido á Petra el honor que la hacia, *duplicando el valor* en que tuvo á su ama por espacio de largos años; mas Eugenia, que ante la idea de su padre, intransigente en materia de honra, y la de su futuro el baron, no gozó por mucho tiempo un instante de tranquilidad, dió en echar cuentas consigo misma.

Por más dada que sea una mujer á pensar bien, desde que adquiere el convencimiento de que su mayor

conveniencia consiste en pensar mal, suele optar por esto último.

Eugenia, desde que echó sus cuentas, registró el pasado, midió en toda su extension el presente y se espantó ante el porvenir.

Y era lógica en este punto.

¿Se trataba del pasado?

En las reminiscencias de aquel pasado aparecia como incrustada la sombra de Petra Ruiz.

¿Quería considerar el presente?

Aquí el asunto variaba de forma: Petra Ruiz no era ya la sombra del recuerdo, pues era un cuerpo tangible, con voz, con idea, con una boca que se abria de cuando en cuando *para pedir ó amenazar*.

En cuanto al porvenir, si nada tenia de problemático para Eugenia, en cambio tenia mucho de cáustico, de amenazador, de ruinoso.

Estas ideas, más desentrañadas y analizadas por la razon de la conveniencia, sugirieron por fin á Eugenia un pensamiento asaz tenebroso.

La criada no habia caido en que su señora pudiese tener, andando el tiempo, ningun pensamiento tenebroso, ni mucho ménos.

Aquí estaba su imprevision, y con la imprevision el peligro. Atenta solo á su negocio, no puso mientes en aquello de que la cuerda más sólida cede siempre á la demasiada tirantez.

Para ser malo en este mundo, se necesita poseer talento. La maldad sin aquel requisito no se concibe, casi es absurda.

Petra, pues, era mala únicamente á medias, porque carecia de talento.

Pero el diablo suple siempre las faltas de sus adláteres en el mundo.

Vamos á presentar á nuestros lectores el ejemplo de esta verdad.

Cierta noche preparaba la criada su cena, y cátrate que cuando ménos se lo esperaba, quedóse dormida cerca del fogon.

Como la mejor silla no sirve ni para descalzar al lecho más detestable, sucedió que fatigada de cabecear, despertó Petra.

No la fué posible calcular á punto fijo cuánto tiempo habia permanecido dormitando; pero se encontró con una novedad.

Consistia esta en que antes de haber conciliado el sueño no habian cesado el ruido ni las voces en el gabinete de su señora, y al despertar, el silencio era solemne, profundo.

Tomó el candil y se encaminó al gabinete y del gabinete al salon; pero nada: hija y padre yacian en sus respectivos dormitorios.

¿Quién se habia encargado de acompañar aquella noche á los tertulianos hasta la puerta de la calle? Tal pregunta se hizo la criada.

Era evidente que su señorita, viéndola dormida, habia querido esta vez, sin desdeñarse, evitar á Petra la incomodidad de bajar, ansiosa de no exponerla á un resfriado.

No era esto un milagro; mas Petra, á falta de talento abundaba en supersticion.

Volvió á la cocina con una secreta inquietud, que las almas cándidas y buenas no vacilarian en llamar presentimiento.

Sin abandonar su cavilacion, tomó casi maquinalmente un plato, y se disponia á vaciar en él la cena, cuando creyó notar en la cobertera que cubria la vasija algo de extraño.

Las gentes vulgares son rutinarias. La rutina hizo que Petra notase cierto cambio en la colocacion de la susodicha cobertera.

El caso, para quien como ella, no tenia muy arreglada su conciencia, era de reflexionar; y Petra reflexionó.

Los mahullidos del gato vinieron á sacarla de su reflexion y pareció concebir una idea.

De la idea pasó al proyecto; del proyecto á la ejecucion, y puso la mitad de su cena al gato, quien sin pararse á discurrir sobre tan desusada y atenta generosidad, cenó con grande apetito.

Dos minutos habian trascurrido apenas cuando el animal comenzó á quejarse de algo que le dolia: despues se revolcó desesperadamente, y por último cesó de moverse.

Petra vió con espanto que estaba muerto.

Aquel pobre animal habia sido, sin quererlo, su providencia.

En toda la noche no fué posible á la criada conciliar el sueño.

No era Petra mujer literata, ni mucho ménos; pero comprendió instintivamente que su ama acababa de hacer un notable adelanto, pues pasaba del drama comun á la tragedia.

Petra no gustaba de tragedias, ó de ver que los gatos morian de indigestion al gustar su cena; por manera que al siguiente dia, no bien hubo aparecido sobre el cielo de Madrid la cara del sol, fué á ver á su ama y la pidió su

licencia absoluta para retirarse del servicio.

Eugenia debió comprender que si no la daba de grado, la criada se iría de todos modos y contra su voluntad; así es que no hizo objecion alguna.

Petra abandonó aquella casa en donde por espacio de trece ó catorce años pudo á sus anchuras ser la sanguijuela de su señora, pero sanguijuela que no consiguió jamás verse harta.

Entregada á la vida independiente, y por no renunciar á la explotacion, ideó el medio de seguir apurando la mina.

Para esto se fué al venero, es decir, á la Inclusa.

En el establecimiento la informaron de la suerte que habia cabido á María, y cuál era su residencia.

Entonces fué á buscar al tío Colás, á quien con toda reserva dió cuenta del caso, aunque omitiendo lo que habia relacion con la cena.

Pero si nada más que lo preciso obtuvo el tabernero, Enrique fué tan afortunado, ya que no sagáz, que se apoderó de la historia por completo.

Hé aquí disculpada, en un jóven tan galante y distinguido, la acritud con que se produjo en su primera conferencia con la futura baronesa del Pino.

Utrera se habia propuesto no descansar hasta dar al señor Colás noticias satisfactorias acerca de su gestion, llevando su rigor ó su capricho al extremo de no ver á su misma novia en tanto nõ conseguia, por medio de un asedio violentísimo y sin tregua, una completa victoria. ¡Imprudente sacrificio que se imponia y que casi no se concibe en el impaciente corazon de un enamorado!

Habíamos ofrecido en el presente capítulo explicar á

nuestros lectores los motivos por los cuales no fué posible á nuestro jóven acudir á la casa del tío Colás; y en parte creemos haber satisfecho aquel deber.

Pero prescindiendo hasta mejor ocasion de lo mucho que le ocupaban sus conferencias con determinadas personas, acerca de la agitacion comun que producian la presencia de los franceses en Madrid y los acontecimientos que habian tenido lugar en el trascurso de los últimos dias, nos fijaremos en cierto detalle del mayor interés.

La mañana del dia en que fijamos la ansiedad del tío Colás, juntamente con la de su esposa y de María, Enrique visitó en la plazoleta de San Miguel á una señora. Llamábase esta doña Rafaela Castro. Enrique, llevado por un asunto trascendental, se presentó á dicha señora de *motu proprio*, sin antecedente ni recomendacion.

Una indicacion de Petra Ruiz, le habia obligado á dar este paso, y no se detuvo ante ninguna ociosa consideracion de esas que en todos tiempos impone la etiqueta.

Doña Rafaela Castro era la amiga de Eugenia, la depositaria de su debilidad secreta, aunque no de su perfidia.

No bien Utrera le hubo manifestado cuanto sabia, y que la muerte de la criatura era una ficcion de la desnaturalizada y orgullosa mujer, doña Rafaela que era ya madre de una numerosa próle, se indignó terriblemente.

Casi más resuelta que el mismo D. Enrique á castigar la maldad de su perversa amiga, rogó al jóven que la acompañara hasta la calle del Prado, diciendo que en su presencia arrancaria la máscara torpe que encubria el horrible corazon de Eugenia. D. Enrique aceptó gustoso.

Entonces fué cuando efectivamente vió á Enrique la tia

Eufrasia cruzar la Plaza Mayor, dando el brazo á una encopetada señora.

A su tiempo veremos las intenciones que abrigaba la vieja al proponerse aumentar la desconfianza y el pesar de la niña con una revelacion de esta especie.

El resto de su tiempo lo repartió D. Enrique durante aquellos cinco dias en llenar compromisos tan graves para un hombre de honor y amante de su patria, que por sí mismos bastaban á justificar cualquier falta de parte suya.

Luego que el lector haya hojeado el siguiente capítulo, tendrá ocasion de apreciar en el otro las obligaciones que, con el asunto concerniente á su María, no le dieron un solo instante de reposo.

CAPITULO VIII.

En que don Pedro Velarde comienza por hacerse dueño de un secreto y acaba por dar al francés una lección de esgrima.

El artillero, arreglado ya el duelo para la mañana siguiente, salió del café tan imperturbable y sereno como si nada singular le hubiera acontecido.

Miró su reloj y vió que eran ya las nueve de la noche. Apresuró entonces el paso, tomando la dirección de la calle del Arenal.

Casi al último de ella se detuvo ante la puerta de una especie de casa-palacio.

Hizo sonar el pesado aldabon, y un anciano, el portero sin duda, descorrió los cerrojos abriendo la media hoja.

—Temprano se cierra hoy,—dijo Velarde entrando.

—Así me lo ha prevenido la señora,—respondió el portero dando las buenas noches y alumbrando á Velarde hasta el primer tramo de la espaciosa escalera.

El jóven empujó allí una mampara, forrada de damasco carmesí, tras de la cual apareció un ayuda de cámara.

Dió á este su tricornio y preguntó por la señora de la casa.

—La señora,—respondió el ayuda de cámara,—me encargó suplicase á Vd. tuviera la bondad si venia de esperarla en su gabinete.

—Pues qué, ¿ha salido?

—No señor; pero en este momento está ocupada en asuntos que deben ser importantes, pues desde las ocho que se encerró en la biblioteca...

—¿La acompaña alguna persona...

—Si señor...

—¿Quién?

—No podré, aunque quiera, servir á Vd. en esto.

Velarde se quedó pensativo, y luego se hizo conducir al gabinete donde le prevenian que esperára.

Era este una pieza enteramente cuadrada y pequeña.

Como entonces no se habia generalizado aun el uso tan económico, del papel con que hoy se forran las paredes, los dueños de una casa opulenta podian estender hasta ellas sus riquezas.

Así, en la habitacion de que nos ocupamos aparecian los cuatro lienzos forrados de terciopelo azul celeste con anchas franjas y estrellitas plateadas.

El techó, cubierto de caprichosos frescos, representaba en medio un grupo de Péris, que sostenian un racimo dorado, del cual pendia una preciosa, si bien pequeña lucernita de cristal.

El mueblaje, aunque sencillo, tenia todo el buen gusto de que eran capaces nuestros abuelos.

Casi enfrente de una chimenea, demasiado tosca para que los elegantes del dia pudieran soportarla, un sofá de azul un poco más oscuro que el de las paredes, y dos sillo-

nes que bien pudiéramos llamar *cameros*, parecían presidir dos hileras de sillas del mismo color, cuya simetría se alteraba con el tapiz que cubría la puerta del gabinete.

Sobre la chimenea y delante de un espejo, de aquellos que entonces se denominaban con cierto énfasis *de cuerpo entero*, dos grandes candelabros sustentaban seis bujías de cera, de las cuales ardían tres únicamente:

Una sencilla alfombra muy oscura completaba el adorno de aquel gabinete, del gabinete de una ilustre dama.

En nuestros días, hubiéramos encontrado ridículo este ajuar; pero como entonces no se conocía el recargado gusto ni la profusión con que convertimos en almacenes nuestros salones, el más exigente se daba por satisfecho con el gabinete que acabamos de bosquejar.

Velarde entró y tomó asiento en uno de los sillones, disponiéndose á esperar.

Reclinóse y permaneció distraído, como absorto en profundas meditaciones.

Así dejó trascurrir un cuarto de hora, y hubiera continuado más tiempo aun, si un sordo murmullo de voces, que parecía brotar detrás de él, no viniera á sacarle de su abstraimiento:

—Fijó su atención, aplicó el oído; pero nada le fué posible percibir distintamente.

Una de aquellas voces tenía para él un timbre conocido. Era tal vez la de la señora de la casa.

La otra voz era perfectamente varónil, y aun creyó Velarde distinguir en ella cierto particular acento extranjero.

Esto pareció inquietarle sobremanera, pues desde entonces no cesó de dar vueltas en su sillón con impaciencia marcada.

Un nuevo cuarto de hora trascurrió así.

Al cabo de él perdióse, ó más bien cesó el murmullo; Volarde pareció sentir que se redoblaba su inquietud, pues su rostro se inmutó é hizo ademán dos ó tres veces de abandonar el sillón.

Pero no duró mucho su incertidumbre y su impaciencia.

Las voces que habia cesado de oír confusamente trás la pared, se hicieron más claras, sonando hácia otro lado.

El acento francés, por su gangosidad, y el acento español con su inflexion limpia, correcta, tan pronto grave como apasionada, pero sin afectacion, se dejaron oír trás el tapiz...

Velarde fijó á través de un pliegue que descubria una parte del corredor, sus ojos ávidos.

Al despedirse los que hablaban, vió el artillero un lujoso uniforme cruzar lentamente. Oyó abrirse la puerta de la escalera, que volvieron á cerrar estrepitosamente.

Después de haber observado lo mismo con la de la calle, sintió Velarde crugir una falda de seda, que aumentaba su ruido aproximándose con direccion al gabinete.

Casi al mismo tiempo una mano blanca y diminuta levantó el pesado tapiz, apareciendo trás él los más hermosos y risueños veintidos años que puedan halagar la vanidad de una mujer y el corazón de un hombre.

Sin duda no era ya la primera ni la centésima vez que Velarde habia contemplado aquellos ojos negros, aquella nariz recta y afilada sobre una boca breve y dulcísima, aquella cabellera hermosa que se rizaba sobre una frente de armiño, aquel talle gentil y flexible que, completando tan hechicero conjunto, hacia de una mujer un ángel, de una sencilla mortal una divinidad; pues á ser la vez primera que Velarde contemplaba aquella beldad se hubiera

sorprendido, se hubiera inmutado, se hubiera postrado con adoracion.

Mas el jóven artillero ni siquiera se levantó de su asiento, limitándose á mirár fijamente á la dama.

Esta, sin dejar de sonreir de un modo adorable, adelantó hasta el jóven á quien tendió una mano de puro nácar.

Tampoco Velarde tomó sin notable vacilacion aquella mano, como no habia correspondido antes á la sonrisa con que le saludaban.

La dama entonces, tomando asiento en el confidente, cesó de reir, pero preguntó al jóven con marcada extrañeza:

—¿Te ha sucedido algo malo, Velarde?... ¡Jesús! pareces otro esta noche... ¿Qué te ha pasado, responde?

—¡Nada!—respondió el artillero.

—¿Estás enfadado... por mi causa?

—No señora; y de qué, ni por qué habia de enfadarme yo con Vd.

—¡Ah! ¿Con que tenemos esas... ¿con que me tratas de usted... Bien, no lo echaré en olvido, señor capitan. Pero sepamos: ¿qué vívora le ha mordido para venir así, de tan pésimo humor?

Velarde, con notable despecho, empezó á recrrer con el pulgar de su mano derecha los botones de su casaca, los cuales hubiera arrancado, á no repetirle la jóven su pregunta.

—¡El que debe preguntar aquí, señora, soy yo!—dijo con la irritacion propia de los celos.

—Pues pregunte Vd. caballero,—respondió la dama,—pregunte Vd., que ya me tiene dispuesta á responderle.

—¿Quién ha salido de aquí hace un instante? ¿ó qué

hombre es ese que ha permanecido á solas con Vd. en la biblioteca?

—¡Ah!... ¡ah!... bueno; ahora comprendo; ¡ah! ¡ah!— exclamó la jóven riéndose descompasada y alegremente.

—Qué... ¿se rie Vd. de mí?—repuso Velarde resentido por el buen humor de la hermosa.—Si es así, gracias, señora, mil gracias.

Dicho esto hizo ademan de levantarse.

La hermosa jóven cesó entonces de reir, y cogiendo al artillero de la manga de su casaca le obligó á detenerse.

—Vamos, tranquilízate y escucha: ¡siempre has de ser el mismo!... tan orgulloso como arrebatado: ya ves que soy más dócil que tú: pregúntame cuanto quieras y te responderé con toda mi seriedad...

El artillero volvió á preguntar:

—¿Quién ha estado contigo en la biblioteca desde las ocho?

—¿No le has conocido por el acento, Velarde?

—Sí, he distinguido el acento de un enemigo de mi patria, pero nada más.

—Pues cabalmente, querido mio.

—¡Carolina!... ese tono... ¿sabes lo que dices?

—Sí, lo sé: ¿qué extrañas?... ¿Cuánto apostamos á que por lo ménos vas á llamarme *afrancesada*?

Dijo esto la jóven con tan marcado acento de altivez, que el artillero pareció arrepentirse.

Así que, cambiando de tono, dijo:

—Perdona, Carolina: estoy lejos de querer ofenderte: pero dime el nombre del que acaba de salir de aquí.

—Un general de Murat, Velarde, el general de su estado mayor, Belliard.

—¿Y á qué ha venido?

—¡Velarde!

—Sí; responde: ¿á qué ha venido aquí Belliard?

—Ignoras, Velarde, mi puesto de honor al lado de la reina María Luisa?

—No, no lo ignoro; ¿pero qué tienes tú que ver con ese hombre?

—Bien, querido mio; eres un caballero, confío en tu lealtad, y al fin yo no debo tener secretos para ti...

—Prosigue...

—Ya sabes que ayer mañana he venido desde S. Lorenzo.

—Sí.

—Pues he sido portadora de una carta para el duque de Berg.

—¿Y la habrás entregado probablemente ahora mismo á Belliard?

—Dices bien; acaba de venir por ella, y se la he entregado.

—Carolina, siento un pesar inmenso por verte continuar en palacio; la reina debió haber perdido la razón, porque está dando pasos bien peligrosos, y tú...

—Tanto ó más que tú lo siento, Velarde; pero al ver abandonada de todos á esa desventurada mujer, he tenido que ceder á sus instancias, prometiéndola continuar á su lado, hasta que verifiquen ella y el rey su viaje á Bayona.

—¿Qué dirá María Luisa al duque de Berg en esas cartas?—murmuró Velarde como preguntándose á sí mismo.

—¿Deseas saberlo?—preguntó vivamente Carolina.

—¿Y cómo?

—Velarde: yo habia ideado darte una prueba de mi amor haciéndote depositario de un secreto.